



# PROGRAMA ESPACIOODEON 2019

-  
OTRAS REFLEXIONES



Este es el tercer tomo de la publicación anual que Espacio Odeón ha realizado desde el 2017, con la que buscamos generar un espacio de reflexión en torno a nuestro programa y a la temática planteada para cada año. Como plataforma de circulación del arte contemporáneo sabemos que no hay suficientes espacios en los que se publiquen textos críticos en torno al quehacer del sector, y creemos fundamental que entre los diferentes agentes del medio hagamos procesos de retroalimentación y generemos proyectos que abran campo para diversas formas de pensamiento.

En el 2019 el programa de Espacio Odeón giró en torno a la temática “Otros mundos posibles”, con la que buscábamos especular en torno a la creación de nuevas formas de ser y estar en el mundo. Poco a poco lo que parecía una temática enfocada en la creación de lejanas utopías o inclusive en la ciencia ficción, se convirtió en un espacio de visibilización de las múltiples formas de resistencia, afecto e imaginación que ocurren aquí y ahora, y que se sobrepone a un sistema neoliberal que busca hacernos creer que “el mundo” es una entidad homogénea, que aparece de la misma forma para todos.

Pensar en “otros mundos posibles” nos permitió hacer visibles las diferentes maneras en las que es posible crear y recrear el mundo a cada momento: desde poder jugar un partido de fútbol que solo se había quedado en la imaginación, pasando por documentar la resistencia colectiva desde una mirada afectiva y personal, observar el paso de un tiempo geológico que trasciende el tiempo de la modernidad, superponer diferentes formas de un futuro que se resiste a quedar encerrado entre la producción o la destrucción, y pensar colectivamente en formas en las que podemos colaborar, programar y realizar desde intercambios que no se soporten en el dinero. Y hoy, en el marco de un paro nacional, en el que estamos interrumpiendo imágenes y espacios neutralizados, normalizados y homogéneos para encontrar nuevas formas de estar juntos, nuevos sentidos de lo común, y alternativas a un futuro impuesto, pareciera que otros mundos posibles se están manifestando todos los días.



En esta publicación gratuita presentamos las reflexiones de diferentes agentes del sector cultural—escritores, filósofos y artistas—que plantean lecturas y reflexiones a partir de los diferentes proyectos que hicimos en torno a “Otros mundos posibles”. Para el primer ciclo Luciana Cadahia parte de la exposición *Pro Revolution* de Juan Obando para hablar sobre el ethos del neoliberalismo, su aparición como imagen y las imágenes que podrían superarlo. Por su parte, Mariana Murcia escribe sobre *Rodarán cabezas* y la forma en la que el trabajo de Beatriz Santiago Muñoz va más allá de lo visible y transforma la imagen en cuerpo, emoción y memoria. Por último, Juan Cárdenas toma la exposición colectiva “Tanto que me hablaste del futuro: ¿cuál futuro?” como punto de partida para reflexionar sobre el bigote y su relación con el autoritarismo, los monstruos que muchos no quieren ver y las pizzas mal entregadas.

Queremos agradecer a todas las personas que nos acompañaron a lo largo del 2019 y especialmente a las personas que participaron en nuestra programación y que hacen parte de esta publicación.

¡Esperamos que la disfruten!



## **Reflexiones por:**

### **Luciana Cadahia (Buenos Aires, 1982)**

Estudió filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba y se doctoró en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido profesora en la Universidad Autónoma de Madrid y FLACSO-Ecuador e investigadora invitada en la Universidad Friedrich Schiller, en París I Universidad de la Sorbona y en la Universidad de Brighton. Fue profesora de Filosofía Contemporánea en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Es sub-coordinadora de CALAS-Andes y miembro del Consortium of Critical Theory Programs (ICCTP). Ha publicado numerosos artículos y libros en América Latina y Europa, entre los que cabe destacar *Mediaciones de lo sensible. Hacia una economía crítica de los dispositivos* (Fondo de Cultura Económica, 2017) y *El Círculo Mágico del Estado: feminismo, populismo y antagonismo* (Lengua de Trapo, 2019). Actualmente es "Visiting Professor" en la Universidad de Cornell.

### **Mariana Murcia (Bogotá, 1988)**

Es egresada del Programa de Arte de la Universidad de los Andes y actualmente cursa una maestría en arte (MFA) en el Institut Kunst FHNW en Basilea. Hace parte de varios proyectos colectivos: Laagencia, un espacio de investigación sobre la relación entre arte y educación; CARNE, una galería itinerante dirigida por los artistas que representa; y Lagentedelcomún, un colectivo de desarrollo multimedia para proyectos ambientales, sociales, culturales o públicos. Su práctica individual se sitúa en el cruce entre el capital y el afecto, en la percepción de procesos económicos como hechos estéticos, rastreando de diferentes maneras las transformaciones materiales, métricas y de valor para identificar actitudes sobre nuestra manera de relacionarnos en diferentes entornos y contextos.

### **Juan Cárdenas (Popayán, 1978)**

Es escritor y da clases de escritura creativa en el Instituto Caro y Cuervo, autor de varias novelas y libros de género híbrido. Sus publicaciones más recientes son *Elástico de sombra* (Sexto Piso, 2019) y *Volver a comer del árbol de la ciencia* (Tusquets, 2018).

## **Créditos fotográficos:**

Ambiente familiar - Sebastián Cruz Roldán

## Ciclo 1 - *Pro Revolution* de Juan Obando

### Las trampas de la imagen: ¿cómo hacerle un agujerito al neoliberalismo? <sup>1</sup>

-

**Luciana Cadahia**

Debo confesar que de un tiempo a esta parte hay dos frases que me persiguen de manera casi obsesiva. Cuando trato de liberarme de una regresa la otra y esta, con astucia y maldad, me remite a la que había logrado olvidar. Pero lo más curioso es que a veces ni siquiera les hace falta volver en forma de palabras. Con tan solo apreciar un mínimo gesto cotidiano realizado por otras personas, todas esas sensaciones, asociadas a las frases, aparecen como una imagen fulminante, como si algo de esa imagen hablara desde dentro de mí y, al mismo tiempo, viniera de afuera. Podríamos decir que mi cabeza (o mi deseo) se encuentra atrapada en este círculo vicioso y quizás sea el momento de asumir qué hay en juego con esta operación que tiene lugar a pesar de mí misma. Una de estas frases fue expresada por el pensador boliviano René Zavaleta Mercado en su libro *Lo nacional popular en Bolivia*. Allí hace referencia a la prolongada enfermedad estructural de nuestras élites latinoamericanas, cuyo deseo de no ser es tan fuerte que su *ethos* se configura como una furia paranoica contra todo lo existente. La cita dice así: “una paranoia que se repetirá, después, si es verdad que la paranoia contiene una ruptura entre la inteligencia de las cosas y la sensibilidad de las cosas”<sup>2</sup>. Lo primero que me gustaría preguntarme o, mejor dicho, lo que no puedo dejar de preguntarme una y otra vez, es si esta estructura que Zavaleta Mercado atribuía al *ethos* de las élites latinoamericanas no podría hacerse extensivo al *ethos* del neoliberalismo que atraviesa barreras de clase, raza y género. Como si esa estructura paranoica, esa ruptura o disociación

<sup>1</sup>.Este texto fue escrito a raíz de un conversatorio sobre Neoliberalismo y arte, en el marco de la exposición *PRO-REVOLUTION* del artista Juan Obando.

<sup>2</sup>.Zavaleta Mercado, René. *Lo Nacional-popular en Bolivia* en Obra Completa. Tomo II: Ensayo 1975-1984, Plural, La paz 2013, 347.

entre la inteligencia y las sensibilidad de las cosas, nos tuviera atrapados en la imagen totalizada del neoliberalismo. ¿Cómo hemos caído en este cierre epocal? ¿Qué hay del orden del deseo que se aferra de manera compulsiva a esta imagen clausurada de futuro? Son estas preguntas las que rápidamente activan la otra frase que se encuentra en la película cubana *Memorias del subdesarrollo*, dirigida por Tomás Gutiérrez Alea, cuando Sergio, el personaje pequeñoburgués, se pregunta si el subdesarrollo no consistirá en esa "incapacidad para relacionar las cosas, para acumular experiencia y desarrollarse"<sup>3</sup>.

Podríamos decir que hay un aire de familia entre lo que nos están tratando de transmitir Zavaleta Mercado y Gutiérrez Alea. En ambos casos se sugiere que la raíz del problema está en las dificultades que podemos llegar a experimentar para poder relacionar las cosas, es decir, poner las cosas (o mostrar la Cosa) en una relación. Pero también hay una diferencia en cada una de las frases que pueden leerse de manera complementaria. En el caso del pensador boliviano, pareciera que esta especie de cortocircuito o desconexión entre la inteligencia y la sensibilidad nos hiciera relacionarnos con las cosas de manera disociada. No hay que olvidar que esta disociación entre la inteligencia y la sensibilidad responde a ese viejo sueño cartesiano repetido hasta el cansancio como ideal de conocimiento verdadero. Y la realización de ese sueño habría producido la peor de nuestras pesadillas: una disociación paranoide que nos aleja del mundo y nos ata a una imagen totalizada de la que no sabemos cómo escapar. Gutiérrez Alea, por su parte, añade otro ingrediente a la cuestión, puesto que el problema para relacionar las cosas viene dado por nuestra incapacidad para acumular experiencia. Y esta incapacidad para hacer experiencia con la experiencia, no es ni más ni menos que nuestra dificultad para hacer memoria o para hacer durar en el tiempo nuestra relación

<sup>3</sup>Gutiérrez Alea, Tomás, *Memorias del subdesarrollo*, La Habana, 1968.

con las cosas. Quizás ahí esté todo el meollo del neoliberalismo: una imagen fosilizada que nos borra la memoria porque no nos deja establecer conexiones duraderas con las cosas de la inteligencia y con las cosas de la sensibilidad. De manera que el neoliberalismo funciona, paradójicamente, como esa gran imagen al servicio de la destrucción del ejercicio mismo de imaginar, esa facultad misteriosa que nos hace humanos y pone a funcionar la fantasía y el deseo. Por eso, quizás el desafío no sea otro que volver a poner en funcionamiento el deseo y la fantasía. ¿Y dónde están esas imágenes que esperan por nosotros? ¿Cómo encontrar esas imágenes cuya afectación nos permita actuar de otra manera y salir del *impasse* del neoliberalismo? Quizás el secreto esté en hurgar en ciertas imágenes plebeyas, imágenes descartadas por el neoliberalismo y depositadas en las periferias. Y si de imágenes plebeyas y periféricas se trata hay dos que parecen empezar a despertar a contrapelo del presente, a saber: la imagen de lo femenino y la imagen de lo popular. Quizás ahí, en esas dos fuerzas que persisten a pesar de los ejercicios de borradura de memoria, a pesar del odio de las élites globales, a pesar de los embates del fascismo contemporáneo, quizás ahí, decía, es que podemos encontrar la posibilidad para hacer un agujerito al neoliberalismo, salir de cierta compulsión a la repetición y empezar a desear e imaginar nuestro futuro de otra manera.



## Ciclo 2 - *Rodarán cabezas* de Beatriz Santiago Muñoz

### Abanico

-

### Mariana Murcia

No se puede hablar de Beatriz sin pensar en Puerto Rico. Su trabajo, que no podría tener otro origen, responde a su relación física y afectiva con la isla que ha caminado tantas veces, registra las manifestaciones del deseo que emanan desde allí. Los lugares hablan de todas las historias de las vidas que los ocupan, y con una cámara en la mano Beatriz está presente, permitiendo que cada parte del aparato sea la que determina la experiencia.

“¿Es posible documentar los lugares que no existen?”, alguien le pregunta a Beatriz en una de sus películas. Ella responde que es posible hacerlo desde su ausencia aunque no parezca suficiente. Esta distancia con aquellos espacios que recorre, con la historia que los construye, se entremezcla con una cercanía, tal como la de alguien que está a punto de atrapar algo que se le escapa, y por lo tanto, puede desaparecer.

¿Qué pasa con los lugares que existen? ¿cómo aparecen ciertos ante la cámara? Si no sabemos dónde estamos, es posible hacer que algo aparezca aunque no se pueda tocar, que desaparezca y no verlo, no darnos cuenta. Si el ejercicio es quitarse la cabeza y echarla a rodar, sería como estar ante una gran extensión de agua, sin puntos de referencia, sin poder distinguir un destello del otro, solo la acumulación de formas que modulan otras formas, que se asemejan a objetos, que se vuelven palabras; y así la transformación entre una cosa y la



siguiente, es tan constante, tan implacable, que la escala, las medidas, el mapa, el evento, aparecen y desaparecen. La topografía del terreno por el que ruedan las cabezas, sea líquido o sólido, se convierte en una extensión de la cabeza, de todo con lo que tiene contacto, entre reflejos de luz y pausas oscuras.

Bea rompe la cámara, separa las partes y las vuelve a juntar. El efecto que esto tiene sobre las partes es siempre diferente, como en una orquesta se van ensamblando, se escuchan, se siguen los pasos en una especie de arritmia que configura la máquina de nuevo, ya no limita su función únicamente a lo visible. Todo lo que llena un espacio, dentro y fuera del mecanismo, es lo que la pone en marcha.

Para la instalación de sus videos en Espacio Odeón, la resonancia de la máquina jugó un rol principal en la cadencia de las imágenes proyectadas. Normalmente los videos y cortos de Beatriz se presentan de manera frontal, desde un proyector sobre una pantalla. Pero para este nuevo proyecto, las películas hechas en 16mm, acontecimientos cortos pero sin pausa, se volvieron un ensayo espacial, una manera de hacer evidente la máquina de visión que las proyecta. El sonido de la repetición, producido por las “looperas” –dispositivos análogos adaptados a los proyectores para hacer correr la cinta de video sin parar– transformaron el movimiento de las imágenes; lo hacían infinito,



Rodarán Cabezas, Beatriz Santiago Muñoz, 2019

no existían los límites temporales del comienzo y el final, lo ralentizaban, lo suspendían, lo hacían correr; ocupaba todo el espacio, viajaba entre dimensiones.

Las pantallas dejaron de ser una presencia frontal y bidimensional, las proyecciones eran otro cuerpo en el espacio, flotaban y andaban al mismo tiempo, al paso del recorrido de nuestros cuerpos, que caminaban y se detenían para ir desde allí hacia muchos lugares:

Lugares o tránsitos rodeados de agua, que me hacían pensar en ella como una misteriosa combinación entre lo indescifrable y lo material. Algo que, impregnado por todo lo que está en contacto con todo lo demás, permanece hasta el día de hoy casi transparente, incluso cristalina, cuando se toma la cantidad suficiente entre las manos.

Las películas desaparecieron en el *loop* que hacía de cada corto acontecimiento un evento infinito, un gesto de contramemoria, de nuevo, un quiebre gradual en el aparato de reproducción de imágenes. La luz de los proyectores que las revelaba en el espacio, consumió lo visible, la impresión en la cinta, al mismo tiempo que nosotras lo hicimos.

Esta forma de hacer y reproducir una película es completamente consecuente con la manera en que el trabajo de Beatriz se desarrolla, en tiempo presente, en largas caminatas hechas de accidentes, de ruinas que se renuevan por el paso de algo intruso, de conversaciones que evocan rituales en movimiento, de palabras que se vuelven objeto, de enfrentamientos con lo que se establece precisamente por la sensación efímera de intentar conservar o atrapar una visión del mundo.

El mundo es como un abanico que se abre y se cierra. La pulsión con la que bate el aire al cuello y espanta las moscas es el ritmo del tiempo.

Sus pliegues simétricos son la apertura del lente, nuestro rango de visión.

Su textura fibrosa nos es familiar al tacto, pero podría ser cualquier cosa.

El polvo que acumula cuando se cierra, y se disipa de un jalón cuando se abre, es una ficción que deja de existir para que podamos hablar sobre un momento.

## **Ciclo 3 - Tanto que me hablaste del futuro: ¿cúal futuro? - Exposición colectiva**

### **Apuntes dispersos para una geopolítica del futuro**

-

#### **Juan Cárdenas**

Gadafi, Al-Asad, Saddam y Maduro. Todos tienen bigote. El bigote es un elemento fundamental para el teatro del autoritarismo. Quizás no se trata tanto de derrocar un régimen como de corregir una tendencia estética, podando un signo de puntuación facial que ciñe y a veces oculta la boca –el habla, el colmillo–. Sin bigote, con una cara lampiña, bien afeitada, tersa, nadie los derrocaría o, al menos, resultaría más difícil persuadir a la opinión pública sobre la pertinencia moral de su caída. Quizás todo empezó con Hitler, que, según cuentan en algunas biografías, se inventó ese bigotito ridículo para imitar a Chaplin y así untarse de su popularidad mediante una especie de magia del contagio. Sea como fuere y a pesar de la sofisticación de los medios de reproducción de la imagen, los imaginarios en los que se basan nuestras ideas de la política siguen siendo elementales caricaturas sacadas del vodevil, del sainete y otros géneros dramáticos populares, con sus esquemas maniqueos de héroes y villanos: así que, para resultar convincente, el dictador habrá de ser mostrado bajo un determinado aspecto, con unos atuendos y una catadura que desaten en nuestro inconsciente aquellas asociaciones provenientes del cuadro de tipos y costumbres. Hace unos veinte años, cuando quería parecer un tipo duro de la extrema derecha, Mauricio Macri usaba bigote. Si no se hubiera afeitado jamás habría llegado a ser presidente de la Argentina. El bigote de José María Aznar era su única y dudosa fuente de poder y persuasión: fue su bigote el que participó en la Cumbre de las Azores, junto a Bush y Blair (es decir, junto

al "arbusto" y la "planicie", *whatever that means*), cuando decidieron la Segunda Guerra del Golfo.

El bigote, ya lo dije más arriba, es un signo de puntuación, pero su función es ambigua, difícil de precisar en términos semánticos. ¿El bigote enfatiza? ¿Niega? ¿Subyuga? ¿O más bien sirve como pequeño tapete de bienvenida al hogar de la lengua? ¿Y qué hacemos con su indisimulada evocación del sexo femenino? Es posible que su función consista precisamente en provocar esa ambigüedad. El bigote puede hacer que un ser simplón parezca misterioso o que un feo parezca guapo. Y viceversa. También puede resultar inesperadamente elegante o vulgar. El bigote es masculino, muy masculino, y de repente es maravillosamente marica, de género indefinido: cuando una mujer se disfraza de hombre casi siempre recurre al bigote.

Y mucho se podría decir de la relación entre Dalí y el fascismo a partir de su bigote retorcido. Ustedes dirán que Mussolini no tenía bigote, pero, amigos, el Duce era calvo. Y no hace falta ser muy observador ni mago para ver que la calvicie desestabiliza los poderes del bigote.

Pero el bigote siempre se las arregla para volver. Durante décadas, a veces durante siglos, desaparece, obliterado, aplastado, ausente de todos los teatros y salones donde la humanidad juega su juego. Y de repente, ¡zas! Regresa triunfante a ocupar su espacio de ambigüedad.

Por eso es muy posible que el bigote sea un ser vivo con conciencia y autonomía. En el futuro, tal vez, la ciencia despejará el misterio. O lo podará definitivamente, quién sabe.

Es muy importante para la vida de cualquier persona hacerse inmune a la proliferación de buenas noticias.

Uno de los elementos dramáticos que hace funcionar el aparato narrativo de las películas de terror es el contraste entre aquellos personajes que han visto al monstruo y aquellos que no creen siquiera en su existencia y, por tanto, son indiferentes a la posibilidad de una amenaza. Ese contraste provoca, para citar un ejemplo repetido miles de veces, la escena de la mujer que, huyendo de la criatura depredadora, consigue llegar al almacén de un amigo milagrosamente. La mujer llama a la puerta, pega gritos de auxilio y

del otro lado del cristal, pues la puerta del negocio tiene un cristal transparente, se encuentra el amigo bonachón, ocupado en sus asuntos de ciudadano normal. El tipo se acerca con una lentitud exasperante a la puerta, escéptico y risueño ante los alaridos de horror de su amiga. Hace girar la llave muy despacio. La mujer casi que tiene que abrirse paso a la fuerza para poder entrar. “Tranquila, shhh, tranquila”, dice el tipo. “¿Qué te pasa? Pareces una loca”. La mujer trata de explicar lo que sucede, habla del monstruo, lo describe, advierte sobre cuán peligroso es, pero su amigo no le cree. “Cálmate, fulanita”, dice. “Estás exagerando y hablas como una demente”.

Bueno, esta escena de horror es efectiva en su intento de producir angustia, a pesar de que la hemos visto mil veces, no solo por la presencia amenazante del monstruo, sino, sobre todo, por la indiferencia de quien no cree o no quiere creer en el monstruo.

Menciono esto porque la situación que vivimos desde que Iván Duque ganó las elecciones, esto es, el crudecimiento del exterminio sistemático y cotidiano de líderes sociales, calca a la perfección el mismo esquema dramático: por un lado está la gente que ve al monstruo y, por el otro, la gente que, anestesiada por la incesante actividad normalizadora de los medios de comunicación, prefiere no creer en las evidencias. Demasiado Real para ser real, parecieran decir estas personas “decentes”, antes de volver a sus labores normales. El psicoanálisis interpreta el esquema narrativo de las películas de terror diciendo que el monstruo es el lugar de encuentro con Lo Real, entendido como aquel espacio donde lo simbólico y lo imaginario dejan de ser operativos. Sin embargo, en el caso de nuestro guión cotidiano de asesinatos sistemáticos, el encuentro con Lo Real, donde deja de funcionar la frágil maquineta de significación sobre la que se construye nuestra subjetividad, ya no se da en el enfrentamiento con el monstruo, sino precisamente allí, en el interior de ese negocio, de ese espacio familiar que pone en escena una indiferencia y una insensibilidad radicalmente inhumanas, genuinamente monstruosas. “Cálmate, estás loca, debes de estar malinterpretando todo, no hay sistematicidad, todo es producto de tu imaginación. ¿Quieres tomar un té?” La mujer, que cree haberse salvado al llegar al

espacio conocido de su amigo, en realidad ha caído en la guarida del verdadero monstruo de nuestro tiempo.

Hay algo en lo que tienen razón los críticos conservadores de las vanguardias y es en la idea de que el siglo XX fue agotando lentamente su capacidad para escandalizar en cada pedorreta, en cada gesticulación. A estas alturas lo único que resulta estéticamente escandaloso y, por tanto, efectivo, es la estupidez, la imbecilidad practicada con cálculo, que vendría a ser la marca del presente en la política, después de décadas de ensayo en las artes, una forma de la sandez que no tiene que ver con una ausencia de racionalidad, sino con una sustracción quirúrgica de la crítica, la reducción del signo a la mueca mecánica. No era una broma: Jeff Koons es el borrador de Trump. Lo que deberíamos empezar a pensar más en serio son las redes subterráneas que conectan los discursos del arte contemporáneo con la cultura de masas, la galería con el *reality*, el vaciamiento formalista con el *gag*. Si no pensamos bien ese nexo, los críticos conservadores van a seguir pontificando sobre la civilización del espectáculo y demás zarandajas.

Pido una pizza en Domino's. Cuando bajo a buscarla a la puerta, el repartidor no me devuelve el saludo, está muy serio, esconde la cara dentro del casco, agacha la mirada y se pone a revolver algo en la caja del reparto. Revuelve, revuelve, tarda un montón en sacar mi caja de pizza. Habrá tenido un mal día, pienso. Entretanto, yo me distraigo mirando a unos vecinos que han salido a protestar dizque por la falta de seguridad en el barrio. El dulce rebaño de manifestantes está compuesto por una mezcla improbable de neohippies de todas las edades y gente de bien de ambos sexos, esa clase de cachacos obsesionados por el brillo de los zapatos. Todos portan veladoras y una pancarta que ya no alcanzo a leer. "Se-guridad, Se-guridad", gritan. El repartidor me entrega mi caja de pizza, la cabeza muy gacha, como si realmente no quisiera dejarse ver, le pago. No bien me doy la vuelta, el repartidor sale disparado en su moto. Cuando miro la caja, veo que está abierta por un costado. Levanto la tapa y faltan dos pedazos de pizza. La incredulidad me paraliza. Para rematar, el resto de pedazos están en desorden, unos encima de otros de una manera que hace pensar en un pogo. Me doy la vuelta. Pero el repartidor se ha dado a la fuga.

“Se-guridad, se-guridad”, gritan los tiernos manifes-  
tantes. Mi grito se alza por encima del suyo, un grito  
desgarrador: “mi pizza, grandísimo hijo de mil putas.”

Antiguo Testamento (literatura) vs  
Nuevo Testamento (política)

El rastro de acetaminofén en la garganta y  
un vaso de agua en la mano, los ojos confun-  
didos entre mi reflejo de la ventana y el sauce  
que se sacude la molesta luz del farol.

El archiduque, obediente, ha devuelto a la jauría  
la única ley justa, mientras el Gran Ojo de Vidrio  
solo tiene ojos para el largo apagón venezolano.

Todavía hay restos de MDMA en el cuerpo y  
las noticias del domingo parecen una conti-  
nuación química de la fiesta de ayer –donde hablé  
mucho y fui impertinente con mis amigos–.

En la tarde volví a soñar con mi abuela: quemá-  
bamos juntas nuestras últimas cosas en una lata,  
comestibles y ropa usada que habíamos recogido  
del camión de ayuda humanitaria en llamas.

Apago la luz de la cocina y a oscuras noto  
mejor las cosas de la mesada: el triángulo de  
pizza que ya renunció a ofrecerse desde la caja  
abierta, la tetera con mate de coca que al final  
no nos bebimos, los cacharos de un almuerzo  
que no salió tan mal, pese al guayabo.

Luciana se despierta sobresaltada por el  
sonido de un avión que vuela muy bajo.

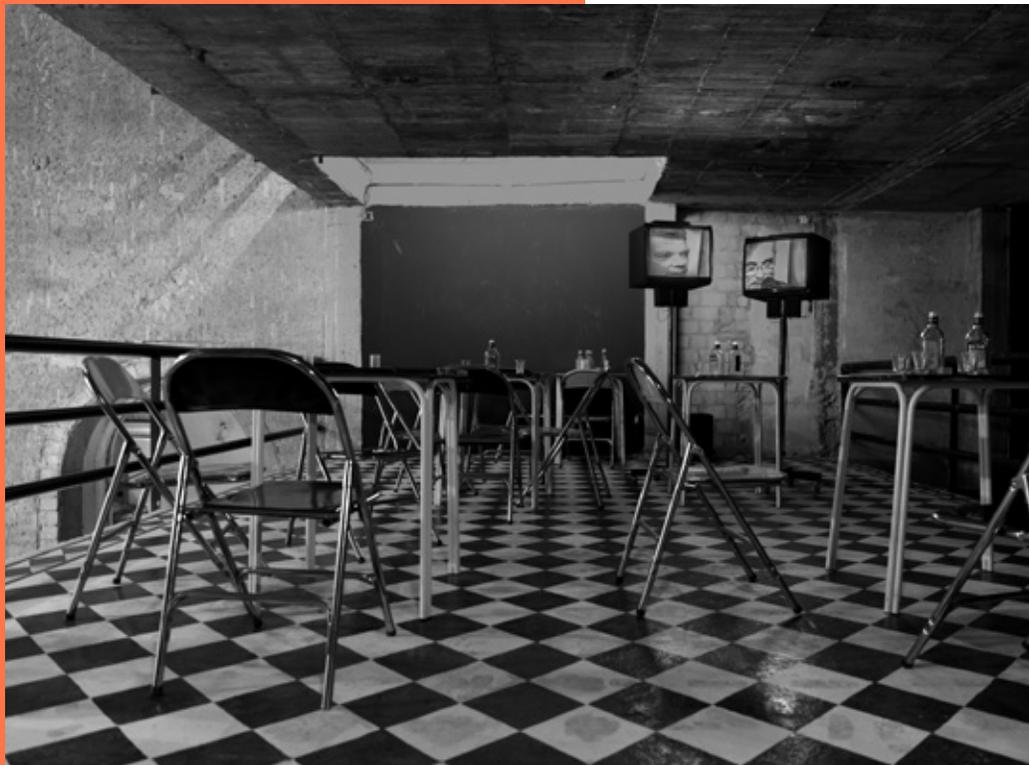
Las gatas forman un ying-yang en la poltrona verde.

Pienso en la historia natural de la destrucción y  
en el impulso elegíaco, prestándose plata mutua-  
mente para multiplicar nuestra deuda con el futuro.

El último concho de serotonina hipotecado en la re-  
petición de un gol formidable en cámara lenta, sobre-  
actuando el asombro deportivo, como cada domingo.

La insurrección solitaria no será televisada,  
ni llegará exhausta a la línea de meta con el  
resto del pelotón. No recibirá trofeos, ni el  
beso estereofónico de las bellezas locales.

Ya es demasiado tarde para tocar la guitarra.



Maraña 2, Juan Betancurth, 2019

Créditos Fotográficos:  
Ambiente Familiar

Cortesía: Espacio Odeón

**espacioodeón**

[www.espacioodeon.com](http://www.espacioodeon.com) -  
Cra 5 # 12C -73 - Bogotá, Colombia

 **Cámara  
de Comercio  
de Bogotá**